

Apuntes del encuentro de jóvenes que se preparan para la Evau con Davide Prospero y Matteo Severgnini

Sacro Cuore, Milán y en conexión por video desde el resto de Italia, 31 de mayo de 2023

Davide Prospero. Bienvenidos. Hoy estamos aquí para celebrar el encuentro que tenemos todos los años con los alumnos que se preparan para la Evau. Es un momento importante de vuestra vida, y por tanto también de la nuestra, porque es importante lo que será de vosotros, tanto por el camino que hemos hecho juntos como por todo lo que haremos, porque cada final es también un inicio. Cuando algo acaba, es justo ayudarse a juzgar lo que se ha vivido, preguntar aquello que aún no se conoce, que lleva dentro montones de incógnitas, interrogantes y tal vez dudas. Debemos ayudarnos a mirar con verdad lo que nace de nuestro corazón frente al paso que estamos viviendo, que estáis viviendo. Para empezar queremos presentaros a don Francesco, por dos motivos. Primero, porque es el responsable del CLU (Comunión y Liberación Universitarios), y por tanto sigue toda la realidad de los universitarios. Muchos de vosotros iréis a la universidad, aunque quizá no todos, de modo que os veréis. Así que es bueno tener ya la posibilidad de conocerse. El segundo motivo es que él guiará la JMJ y la peregrinación a Lisboa. Es un cura de la Fraternidad San Carlos y le he pedido que se traslade a Milán.

Francesco Ferrari. Hola. Me presento, pues creo que nunca nos hemos visto, si no me equivoco. Me llamo Francesco, soy de Reggio Emilia y soy cura de la Fraternidad San Carlos Borromeo. He viajado un poco a lo largo de mi vida. Estuve de misión en Canadá y Santiago de Chile, los últimos años los he pasado en Roma hasta que Davide, como os decía, me llamó el pasado mes de agosto para proponerme que viniera a Milán a acompañar el camino de los universitarios del movimiento, cosa que estoy haciendo con gran alegría y gratitud. Es un camino precioso que agradezco a Dios. Me han pedido que acompañe la propuesta del movimiento de participar en la Jornada Mundial de la Juventud (Lisboa, 1-6 agosto de 2023). Sé que muchos ya estáis inscritos, pero lo digo por si alguien aún no se ha apuntado y quiere hacerlo, porque todavía tiene la posibilidad de hacerlo. ¿Por qué este gesto? ¿Por qué lo hacemos? Desde hace muchos años, el movimiento propone a los jóvenes que acaban el bachillerato y la universidad un momento de peregrinación para poner la vida en manos de Dios en este momento de paso tan delicado, bonito e importante. Un paso lleno de preguntas que supongo, estoy seguro, que tenéis: ¿qué haré?, ¿qué seré?, ¿qué es lo que me espera?, ¿cuál es el designio de mi vida?, ¿cómo puedo construir algo grande y bello con la pasión que tengo, con mi deseo de estudiar, con mi trabajo? Es un momento para afrontar todas estas preguntas, que al final se resumen realmente en una sola: ¿qué estoy llamado a ser? La JMJ es una ocasión para afrontarlas juntas, para ponerlas delante de Dios, en el sentido de confiar, entregárselas a Alguien, y hacerlo juntos. Normalmente se hace una peregrinación a Cześćochowa, excepto los años que el Papa convoca a los jóvenes en la JMJ, cuando es posible, cuando es en un lugar razonable.

Este año, puesto que el Papa convoca la JMJ en Lisboa, ¿cuál es la idea? Vivir este momento de peregrinación dentro de un gesto concreto de pertenencia a la Iglesia, algo precioso porque nosotros podemos confiar a Dios nuestra vida, nuestras preguntas, lo que somos, porque se lo podemos confiar a una compañía, a una historia concreta que es la historia de la Iglesia, la historia de nuestra amistad. ¿Qué haremos juntos? Nuestro deseo es poder mantener, aparte de las jornadas con el Papa en Lisboa, momentos de entrega explícita a la Virgen en un santuario. Serán días duros, lo digo ya, muy bonitos pero duros. Son nueve días en total. Iremos en autobús y haremos una primera etapa en Lourdes (estos momentos también servirán para abordar las preguntas que tengamos). Dormiremos allí. Luego iremos a Lisboa y allí pasaremos cuatro días con el Papa, siguiendo lo que él haga (cada día habrá un gesto con él). En Lisboa también se nos unirán los universitarios y algunos bachilleres de último curso de España, Portugal y Polonia, más algún grupo que haya por ahí, de Alemania y de Austria. Será muy bonito, seremos unos mil, y también por ello será un poco complicado, pero muy bonito. Después

de los días en Lisboa haremos una peregrinación de una jornada de camino al santuario de Fátima, al norte de Portugal, y de ahí regresaremos a Italia. Este es el programa. Son muchos los que se han apuntado, unos 600. Hemos decidido abrir una lista de espera por si alguno todavía quiere apuntarse. ¿Qué quiere decir una lista de espera? Que encontraremos la forma de ir todos, pero debemos organizarnos un poco; no es fácil, pero encontraremos la manera de hacerlo.

Matteo Severgnini (Seve). Gracias Fra (don Francesco). Yo soy Seve, un placer. No presento a Davide porque ya se ha presentado él. Yo quería introducir este momento de asamblea que me parece de vital importancia –como ya ha señalado en parte Fra con la propuesta de la JMJ– porque es un momento especial y muy bonito, tanto lo que estáis viviendo como lo que os espera. Quiero recordar algo de cuando elegí la carrera en la que me quería matricular. Fui a estudiar filosofía y el deseo que me movía era la posibilidad de ponerme delante de la verdad que había encontrado en los últimos años de instituto. Fui a hablar con mi padre, todo contento porque había descubierto para qué estaba hecho, al menos para mi futuro inmediato, y le dije: «Papá, he decidido hacer filosofía». Él me miró y me dijo, en el dialecto que se habla en mi zona: «¿Qué?». «Haré filosofía». «¿Y eso qué es?». «Voy a estudiar la verdad, porque el pensamiento...». Entonces me puso una mano en la espalda y me dijo: «Mañana te siento en el tractor y te enseño yo filosofía». Después, cuando vio que mi corazón vibraba de verdad por aquello, me dijo: «¡Adelante!». Y estudié filosofía. Fue una ocasión que me hizo descubrir cosas de mí mismo, de la realidad y de la amistad que me ayudaba a caminar. Fue un gran desafío. Como os decía, este es un momento precioso, muy especial y muy bonito, porque da paso a una aventura. Si leéis *El sentido religioso*, os daréis cuenta de que Giussani habla de estas preguntas estructurales, que son el tejido de nuestra humanidad. Estas preguntas se despiertan en el impacto con la realidad. Pero para vosotros la realidad se hace tan apremiante que creo que todos estáis ya aquí con esas preguntas estructurales: ¿qué significado tiene mi vida?, ¿a qué me llama el buen Dios?, ¿qué será de mí, de todo mi deseo, de todos mis talentos, de todas mis inclinaciones?, ¿qué será de mí? Hoy queremos ponernos delante de esta estructura, ese tejido humano que se está desvelando en vosotros. Y hacemos este camino con la ayuda de Davide. Así que adelante. Habrá intervenciones presenciales y otras de personas que están conectadas, a las que saludamos. Los de la Evau están conectados desde Italia entera, todos con el temblor de sus preguntas. Así que empezamos dando prioridad a los conectados.

Intervención. *Hola a todos. Quería decirte que yo también quiero estudiar Filosofía. Lo he pensado un poco, preguntándome a qué me llama el Misterio y cuál es mi tarea en la vida. Justo esta mañana hemos tenido la última clase de religión. Al terminar el profesor nos ha dicho: «Chicos, este es el último sábado, la última clase». Los demás se han despedido y se han dirigido a la salida, contentos por poder irse después de cinco horas de clase y aparentemente no parecían demasiado interesados en lo que había dicho el profesor. Pero yo me he parado con mi mochila a la espalda y no he podido evitar conmoverme por los cinco minutos preciosos que he pasado con él y pensando en que todo estaba llegando a su fin, una etapa tan importante de mi vida se estaba acabando. Estaba muy contento por las experiencias tan bonitas que he vivido y por lo que soy ahora: un chico curioso y abierto a la posibilidad de que la realidad me sorprenda. Creo que en eso consiste el sentido de mi vida: en decir sí a lo que me rodea, empezando por las propuestas de un amigo que quiere charlar, una noche cantando o bailando, un abrazo de mis padres, cualquier cosa que me haga sentir amado e irreductible. Busco constantemente algo que pueda hacerme vivir y no aguantar pasivamente las circunstancias, arrastrándome a la fuerza hacia adelante. Debo responder a las mil posibilidades de belleza y de bien que llenan mi rutina de color. Aún no tengo clara cuál es exactamente mi tarea, pero estoy en una búsqueda constante y el misterio de la vida me reclama a buscarlo.*

Severgnini. Quiero reaccionar a lo que dices porque describe una postura humana que es totalmente deseable. Parafraseando lo que decías, me venía a la cabeza el hecho de que la postura que se nos reclama siempre, que uno desea, como veis sobre todo en este momento, es la de poder entrar en la realidad con los ojos y el corazón abiertos de par en par. Ojos y corazón abiertos de par en par. Hay

que pedir entrar en la realidad con estos ojos curiosos, como él decía, y con este corazón que, despertado por el impacto con la realidad, se descubre diciendo sí. Me llamaba la atención porque decía: «Creo que en eso consiste el sentido de mi vida: en decir sí a lo que me rodea, empezando por las propuestas de un amigo que quiere charlar, una noche cantando o bailando, un abrazo de mis padres, cualquier cosa que me haga sentir amado e irreductible. Busco constantemente algo que pueda hacerme vivir y no aguantar pasivamente las circunstancias». Este es el deseo urgente de un corazón que se despierta en el impacto con la realidad. ¡Despierta! Es paradójico. Llegáis a un momento de conclusión, como él decía, después de cinco años. Y al término de estos cinco años uno puede llevarse a casa la decepción de algo que se acaba, o puede estar agradecido hasta las lágrimas, como decía él, por este tiempo que le ha abierto a la realidad, a la búsqueda de un significado, a la urgencia de un significado, a poder descubrir el contenido de sí mismo. Me impresiona: todo se convierte en ocasión. En este testimonio es evidente que todo se convierte en ocasión. Me parece un punto de apertura muy interesante.

Prosperi. Es muy bonito, y quiero subrayar otro aspecto que me llama la atención en lo que ha dicho nuestro amigo, cuando al empezar se preguntaba a qué le llama el Misterio y cuál es la tarea de su vida. Me sorprende esta actitud. ¿Cuál es la tarea de mi vida? Esta ya es una pregunta que no sé cuántos a vuestra edad se plantean en estos términos. Normalmente uno se pregunta: «¿Qué voy a hacer? ¿Cómo puedo hacer algo sin hartarme de la vida? ¿Cómo puedo estar seguro de que, eligiendo una cosa, no pierdo otras opciones mejores?». Son las preguntas que surgen normalmente. Si salís y preguntáis a veinte chavales de vuestra edad, al azar: «Perdona, pero si te pregunto a qué te llama el Misterio en tu vida, ¿qué me respondes?». Probad. Seguro que encontráis alguno en el que resuenen estas palabras, pero seguro que también habrá alguno, me temo que la mayoría, que os diga: «¿Misterio?! ¿Qué misterio? ¿Qué es eso?». Porque para poder preguntarse: «¿A qué me llama el Misterio en la vida?», uno tiene que haber experimentado que hay un Misterio que rige la vida. Y que ese Misterio es algo a lo que se puede querer dar la vida. Pero para dar la vida al Misterio (Misterio quiere decir que yo no lo conozco hasta el fondo, que no puedo conocerlo hasta el fondo), hay que tener la experiencia de que ese Misterio, ese “tú” misterioso que ha entrado en mi vida, es un bien. Es un bien, una posibilidad de bien para mí. Entonces, si estamos seguros de que ese Misterio existe, que ese Misterio es un bien y que es un bien para mí, que es para mí, ya no estamos solos y entonces tenemos menos miedo ante el futuro.

Severgnini. Continuamos con una pregunta que se refiere a las circunstancias inevitables de las que habla el libro *La voz única del ideal*. «La circunstancia inevitable es al mil por mil, con seguridad absoluta –dice Giussani–, indicio del camino que se debe recorrer. Por eso no hay nada que sea más favorable, que esté más a nuestro favor, que la circunstancia inevitable, que el hecho» (L. Giussani, «Vacanze Maturati di GS», 1964, en J. Carrón, *La voz única del ideal*, San Pablo, Madrid 2018, p. 25).

Intervención. *Hola, quiero hacer una pregunta sobre el texto La voz única del ideal. No termino de comprender la parte que habla de la circunstancia inevitable. Comentándolo con el grupo de la Evau veíamos un ejemplo. Cuando fuimos al Triduo nos quedamos atascados durante horas en un autogrill y, aunque teníamos todas las razones del mundo para estar enfadados, no lo estábamos. Pero a pesar de este ejemplo, no logro entender cómo se puede vivir una circunstancia inevitable sin enfadarse y aceptarla. Tampoco puedo entender cómo vivir con naturalidad, sin forzar mi postura.*

Prosperi. En otro texto, don Giussani dice: «Las circunstancias por las que Dios nos hace pasar constituyen un factor esencial de nuestra vocación, de la misión a la que nos llama; no son un factor secundario» (*El hombre y su destino. En camino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 61). Estamos hechos para entender para qué estamos en el mundo y con esto no está diciendo que frente a una circunstancia inevitable, que a lo mejor no queremos, no tengamos que enfadarnos. No dice eso. Puedes enfadarte. El problema es que tienes que hacer cuentas con ello. Es decir, te encuentras delante de algo que no dominas tú, no controlas tú, no depende de tus fuerzas, ¿estás de acuerdo?

Intervención. Sí.

Prosperi. Pues bien, ahí es evidente que estás ante una alternativa: o la realidad es mi enemiga porque la circunstancia está en mi contra, viene a por mí, o bien es algo que yo aún no entiendo. Algo que me pide ir más al fondo, ¿de qué? No tanto de la circunstancia, porque cuando estás atascado en el autogrill, el problema no es que tengas que ir hasta el fondo del autogrill, sino que tienes que ir hasta el fondo de tu deseo, de la razón por la que estás ahí. Porque si te has atascado en el autogrill y no puedes seguir adelante, has hecho todo el camino (con la fatiga que supone ir al Triduo) y por el camino hay un accidente que te obliga a pararte –yo también me encontré con el accidente, salí con el coche por otro desvío, pero vuestros autobuses por desgracia estaban más adelante– y ahí estás. Entonces llegas a la conclusión de que o es un engaño –de modo que «todo ha sido un engaño: salí con buenas intenciones para hacer algo bueno, para mí, para mi espiritualidad, etcétera, y ahora estoy aquí parado en el autogrill. Entonces Dios no quería que yo llegara a tiempo»– o bien estoy obligado a recordar, y por tanto a preguntarme, qué estoy haciendo, por qué estoy yendo allí, a qué pregunta quiero responder. A lo mejor estaba yendo sin haberlo pensado demasiado. Sí, salí de casa por un motivo adecuado: van mis amigos, así que yo también, porque me han invitado; o porque otras veces ha estado bien, he aprendido algo, así que voy a ver... Pero ahí uno es puesto a prueba, entra en crisis, se pone en cuestión.

De modo que, primer punto, las circunstancias inevitables nos ponen en cuestión. Mirad, vivimos en un tiempo en el que nos gustaría tener todas las seguridades sin tener que atravesar la fatiga que supone llegar a alcanzar esas seguridades, es decir, sin tener que pasar por el dolor, las heridas, la incompreensión, los errores, todo eso que en la vida normal sirve para llegar a estar seguros de algo. Piensa cuando te enamoras de una chica y te gustaría saber ya con seguridad si te corresponde o no. «¿Me dirá que sí?, ¿me dirá que no?». Te gustaría saberlo sin arriesgar nada, sin tener que poner en juego hasta el fondo todo lo que tú eres, corriendo el riesgo de equivocarte o de ser rechazado. Pero es justamente a través de ese riesgo que corre nuestra humanidad donde se comprende mejor. Las cosas más importantes de la vida no se comprenden por evidencia matemática. Las cosas más importantes de la vida se comprenden por un conocimiento afectivo, es decir, suponen asumir un riesgo en primera persona, implican una apuesta, un apego, un ponerse en juego, es una implicación. ¿Y qué hay más importante en la vida que el camino a nuestro destino? Para poder seguir el camino a nuestro destino se nos pide arriesgar algo. Más bien, en el fondo, arriesgarlo todo. ¿Por qué podemos arriesgar? En efecto, no son tantas las cosas inevitables, como una enfermedad, por ejemplo.

En este sentido, os cuento un hecho que ha sucedido. La semana pasada fui a ver a nuestros amigos de las zonas afectadas por las inundaciones. Esa es una circunstancia inevitable. Ha sucedido: hay gente que en 35 segundos se ha encontrado con su casa completamente llena de agua y barro. ¡Ojo, 35 segundos! No te da tiempo a nada más que subir corriendo a la planta de arriba, si la tienes. Y ahí te das cuenta de que no es la circunstancia, por trágica o incomprensible que sea, lo que te hace decir si la realidad es adecuada o no. Porque hay algo que tiene que ver con tu forma de mirar la realidad, si te dejas llevar o tratas de responder.

Recuerdo que cuando estaba acabando la carrera –así llego al final de lo que quería decir, si habéis seguido el razonamiento– tenía que decidir qué hacer, era una situación parecida a la vuestra, y tenía varias posibilidades. Hice química y tenía la oportunidad de irme a trabajar a una empresa. No me faltaba nada, pero tampoco tenía una vida especialmente cómoda, así que me costaba un poco llegar a fin de mes. Me costó muchísimo estudiar química, una carrera muy dura, aunque preciosa. Sabía que los químicos en ese momento tenían un camino fácil, con sueldos altos, solo había que elegir, te buscaban. Pero cuando hablé con don Giussani, me dijo que le parecía buena idea quedarme en la universidad haciendo el doctorado de investigación. En esa época el doctorado de investigación significaba una vida precaria y tener que hacer una oposición. Entre otras cosas, no tenía un profesor que me apoyara y era extremadamente difícil aprobar una oposición donde había muchísima competencia si no tenías a nadie que te respaldara. Así que no veía grandes oportunidades y, aunque saliera bien, me supondría pasar años de vida precaria sin la seguridad de poder seguir después, además de tener el sueldo más bajo de todos los que se graduaban conmigo. De modo que intenté

declinar amablemente la sugerencia. «Mira, Gius, sería una gran idea, de hecho hay uno de mi curso que quiere quedarse en la universidad, pero yo no porque no tengo cualidades». Él me dijo: «Está bien, piénsalo». Para mí, ese «piénsalo» de Giussani, no sé explicarlo bien, fue una circunstancia inevitable, por el tipo de relación que había surgido con él. De vez en cuando, me mandaba a personas que me preguntaban si había decidido quedarme en la universidad, así que al final decidí intentarlo. Al final decidí intentarlo apostando por una sugerencia. No es que Giussani me presionara, en realidad él nunca volvió a preguntarme nada. Para poder pasar la oposición tuve que estudiar en seis meses todo lo que no había estudiado en cinco años. Luego las cosas salieron bien, pero yo no estaba nada convencido. Me apasioné después, cuando empecé a recorrer este camino. Una vez, cuando estaba acabando el doctorado, me encontré delante de un muro y recuerdo que me dije: «Bien, ahora que he hecho el doctorado ya puedo hacer otra cosa». Entonces recibí una tarjeta de don Giussani: «Agradecido por tu doctorado. Adelante». Otra circunstancia inevitable.

A lo largo del camino tuve que afrontar muchísimos obstáculos, muchísimas dificultades, y en todo esto no es que tuviera ahí a don Giussani o alguien que resolviera los problemas por mí, o que me allanara el camino, tuve que afrontarlo yo. Tuve que estar yo delante de las circunstancias, y lo hice porque reconocía que lo que estaba haciendo estaba motivado concretamente por una relación de la que yo estaba seguro. Comprendía que Giussani me lo pedía por algo que le parecía útil, de hecho me decía: «En este momento la universidad es un ámbito donde es importante estar presentes porque la cultura actual hace todo lo contrario de lo que propone nuestra educación; hacen falta personas que vivan una cierta experiencia allí donde se educa a nuestros jóvenes». Entonces yo, que por mi carácter no sentía esta pasión por la universidad, me lo tomé en serio. Pero tomarlo en serio suponía afrontar todos los problemas, significaba buscar salidas con las herramientas que tenía, porque él no era químico, no sabía nada de esta materia. Tuve que buscar yo a las personas que pudieran ayudarme; en definitiva, tuve que tomarme en serio este camino porque comprendía que, para seguir de verdad esta sugerencia, tenía que tomármelo en serio en primera persona, si no me volvería loco haciendo cosas solo porque otro me lo decía. Debía conquistar las razones por mí mismo. Viví todo esto preguntándome en cada momento qué se me pedía, como decís vosotros, a través de las circunstancias que afrontaba, y respondiendo me di cuenta de que precisamente esas circunstancias me ayudaban a comprender, día tras día, situación tras situación, a qué estaba llamado.

Os he contado todo esto para deciros que nuestro problema es que sentimos las circunstancias que se nos dan (que no las creamos nosotros) o que son inevitables (cuando son inevitables) como algo problemático, en el sentido hostil del término, porque no nos sentimos enviados por nadie. Porque cuando eres «enviado» a adentrarte en una cierta circunstancia, afrontas todas las dificultades que surjan consciente del hecho de que estás respondiendo a alguien que está presente en tu vida. No te limitas al problema de superar dicha circunstancia. Y si esa circunstancia, en un momento dado, te sugiere que debes cambiar de camino, entonces lo harás, pero será por fidelidad a esta relación que te ayuda a comprenderlo. En mi caso, yo era enviado por una persona, pero en último término siempre somos enviados por alguien que nos llama dentro de la realidad. Ese Tú que nos envía puede adoptar el rostro de una persona, de amigos, de una intuición que tienes, por lo que debes pedir al Señor que te ilumine para ayudarte a entender mejor, y debes seguir los signos. Es así. Sobre todo cuando las cosas no están claras y parecen muy contradictorias, hay que estar más atentos a los signos. Me han contado, lo dije también hablando con los amigos de Lugo en Romagna, que una vez don Giussani usó esta imagen. Cuando uno viaja con niebla, para poder llegar a su destino sin chocarse, debe estar más atento a los signos que cuando brilla el sol. ¿Por qué? Porque hay niebla. Cuando estás más confuso, quizá ves menos signos, pero debes aferrarte a los pocos signos que ves. Mientras que lo que nos pasa muchas veces es que decimos: como hay niebla, me paro. Recuerdo una vez volviendo de Turín con Giancarlo Cesana, conducía yo e iba despacio porque había tanta niebla que solo se veían diez metros por delante, y me dijo: «Para el coche, que tú no sabes moverte con niebla». Como él no veía demasiado bien, le daba igual conducir con niebla o en condiciones normales porque estaba acostumbrado a prestar más atención a los signos. Pues bien, debemos ayudarnos a aprender a estar

atentos a los signos. Las circunstancias inevitables son signos importantes pero, como todos los signos, plantean un problema y hay que interpretarlos.

Severgnini. Ahora hay dos preguntas que resumen muchas de las aportaciones que han llegado y retoman una cita de Giussani en *La voz única del ideal*: uno de los criterios de elección es el bien de la sociedad, de la Iglesia y, en definitiva, del Reino de los cielos.

Intervención. *En La voz única del ideal, cuando leí en el apartado sobre la vocación como elección profesional, concretamente en la página 42: «¿Cómo podré darme con todo mi ser, servir más al todo, al reino, a Cristo?». Este es el único criterio educativo de una personalidad humana redimida por la luz y la fuerza del Espíritu de Cristo», sentí un sobresalto porque nunca había pensado que tenía que elegir mi camino pensando en el bien de la sociedad y de la Iglesia. De hecho, para decirlo todo, siempre he pensado lo contrario. Esta idea volvía a mi mente todo el tiempo. Pero luego recordé algo que me pasó en el viaje de vuelta del Triduo, es decir, que el cumplimiento de la vida es dar gloria a Dios y no a mí. Escuché y canté muchas veces en ese viaje el Non nobis. Desde entonces me pregunto cómo se conjugan ambas cosas. Yo quiero ser matemático, pero a la Iglesia en este momento, y por tanto a la gloria de Dios, ¿le sirve un matemático? ¿Tendría que hacer otra cosa, aunque tal vez no me satisfaga tanto como las matemáticas? ¿Es posible dar gloria a Dios y hacer al mismo tiempo lo que mejor se me da, o son dos cosas contradictorias?*

Severgnini. Escuchemos otra intervención.

Intervención. *Cuando oí por primera vez los criterios propuestos en La voz única del ideal, me impactó y me interpeleó muchísimo el tercero: las necesidades de la sociedad (p. 27), o mejor dicho, «la necesidad de la comunidad cristiana». Nada más oírlo, estaba en cuarto, todavía estábamos en un entorno de Covid y me estaba empezando a interesar la anatomía que estaba dando en ciencias, me pareció que lo más evidente era decir: voy a hacer medicina. Con el tiempo esta idea se ha ido desinflando y he vuelto a mi intuición inicial, que era el campo artístico, concretamente el diseño de interiores. Pero me pregunto muchas veces cómo puedo ayudar yo en las necesidades del mundo y de la Iglesia, en el caso de saber cuáles son, si me dedico a decorar casas.*

Prosperi. Como decía tras la primera intervención, me impresiona que hagáis preguntas en estos términos, es decir, que en el horizonte de vuestro interés esté el deseo de entender cuál es el bien del mundo y el bien de la Iglesia porque esto no es nada obvio. ¿Para vosotros es realmente así? ¿Lo decís solo porque está escrito en el libro o lo pensáis de verdad? Porque si lo pensáis de verdad es algo grandísimo, y no tengo ningún motivo para creer que no lo penséis de verdad, porque de lo contrario no saldríais a decirlo, supongo. Es algo grandísimo porque normalmente uno piensa en su propio beneficio sin más. Para tener esto como horizonte de la vida, tiene que habernos sucedido algo grande. Por eso la primera cuestión es tomar conciencia hasta el fondo de esta grandeza que ha sucedido en nuestra vida porque no debemos separarnos de ahí. Suceda lo que suceda. Llegarán tempestades, temporales, pero de ahí, de esa roca, no debemos separarnos.

No es que la Iglesia –no sé qué idea tienes de la Iglesia, lo que puedes pensar de “la Iglesia”– o el Papa tengan que decirte si las matemáticas o el diseño de interiores vale o no vale. Es decir, la verdadera cuestión es que tú no pierdas esta preocupación, que no pierdas esta tensión, este deseo de servir a algo grande, más grande, servir al todo. ¿Por qué Giussani usa esta expresión? ¿Por qué habéis visto escrito esto en el libro de Carrón? Por una mirada completa a lo humano, porque alguien que va por delante de vosotros, que ha vivido lo que vosotros estáis viviendo, sabe – por mi parte os lo puedo afirmar– que se pueden hacer muchas cosas, se pueden pensar muchas cosas a las que dedicar tiempo y energías, incluso dinero, pero al final todas convergen en una única pregunta: ¿todo esto ha sido útil? ¿Ha servido? ¿De qué sirve lo que hago, cómo lo hago, aquello a lo que dedico mis energías y mi tiempo? El motivo por el que Giussani dice esto es porque sabe que hay que vivir por un ideal grande, más grande que el perímetro de nuestro provecho, es decir, por un ideal que es un servicio a

la totalidad, al fin último, a la finalidad por la que todos viven, incluso aquellos que no se dan ni cuenta. Esto, con el tiempo, hace crecer la certeza de la utilidad de la propia vida. La forma en que esto se realiza (precisamente porque en nosotros domina una petición de que nuestra vida sea útil) debe ser una disponibilidad a la forma con la que Aquel que nos quiere nos pida que colaboremos en la realización de Su obra, allí donde nos ponga. Es ante todo una disponibilidad, la nuestra, no debemos imaginar nada, no hay que excluir ni añadir nada.

El ejemplo de mi experiencia a la hora de elegir una profesión, como os contaba antes, era una disponibilidad a una persona, pero puede ser una disponibilidad que nace a través de lo que tú eliges, sea matemáticas o diseño de interiores. No es indiferente elegir partiendo de esta pregunta porque, en este caso, lo que hagas no solo servirá para que tú obtengas un beneficio, sino para tener en cuenta todo, es decir, para dar gloria a Dios. Entonces será distinta la forma de hacer lo que hagas, será distinta tu forma de tratar a la gente, todo será distinto.

Por tanto, en primer lugar, se trata de una apertura al ideal de la vida que enmarca nuestra vida, una posición que secunda lo que nos pide la Iglesia, es decir el cuerpo de Cristo, es decir nuestra compañía. Luego, en cualquier caso, también puede llegar a pedirte cosas concretas. Yo he puesto un ejemplo, Seve puede poner otros, porque yo le pedí que volviera de África. Estuvo diez años en África y ahora ha venido porque hace falta aquí para otras cosas. Pero, atención, no es que uno se despierte de hoy para mañana –a veces pasa, pero no es lo normal– viviendo esta disponibilidad serenamente, pacíficamente. Dentro de un camino que aprendemos día tras día, en una relación continua con esta presencia –que se concreta en nuestra compañía, en la vida de la Iglesia, en el mundo, en vuestra clase, en la forma con la que estáis llamados a ser vosotros mismos, por lo que ha sucedido en vuestra vida– sucede que día tras día esta disponibilidad se va alimentando hasta llegar a ser una disponibilidad total. Por lo que uno, en un momento dado, empieza a ver más claro qué es lo que se le pide en ese momento o para toda la vida. Pensad en los que entran en un monasterio. Solo lo hacen porque, día tras día, llega un momento en que ven claramente que esa era la forma con la que a esta chica, o a ese chico, se le estaba pidiendo una disponibilidad total. Lo mismo sucede con cada uno de vosotros, con cada uno de nosotros. Entonces uno puede acabar entrando en un monasterio porque se le pide rezar por nosotros, de modo que podamos estar presentes en el mundo de otra manera, y justo por eso necesitamos alguien que sostenga nuestra vida cotidiana. Yo necesito ser sostenido en lo que se me pide hoy por todos aquellos que logran hacer algo que yo quizás no logro hacer. A otro se le pide enseñar matemáticas o decorar la casa del vecino, del que paga o del que no paga, o del que ha sufrido una inundación y necesita restaurarla. En definitiva, vivir por el ideal, empezar a vivir por el ideal ahora, ese es el camino para aprender esta disponibilidad, con la que Dios podrá hacer cosas grandes en nuestra vida.

***Intervención.** Hola. Tengo dos cosas que decir. Me da miedo no llegar a medicina y me pregunto cómo es posible no mirar otra carrera solo como segunda opción. ¿Cómo puedo aceptar que medicina no es mi camino, si no llego? Y en ese caso, ¿sería una circunstancia contingente o no? La segunda cuestión se refiere al texto, en la parte de la vocación como estado de vida, donde habla de esa persona que sirve para abrirte a la totalidad del misterio. Eso me interesa, pero mi pregunta es: para abrirse así al Misterio, ¿es necesario tener novio?*

Prosperi. ¿Novio? No, yo no tengo novia, estoy casado. Y creo que este tampoco tiene novia, aunque no esté casado. Te diría tres cosas. La primera es que si deseas algo, debes comprometerte de verdad. Nosotros no somos fatalistas, el Misterio no actúa sin que nosotros no pongamos toda la carne en el asador, es decir, sin que arriesguemos de verdad. Como decía antes, las cosas se entienden mejor, con todo el valor que tienen para nuestra vida, cuanto más dispuestos estemos a arriesgar para alcanzarlas. Tú tienes que hacer la prueba de acceso a medicina, tienes que ponerte a estudiar, debes pedir ayuda, debes buscar por todos los medios la forma de prepararte mejor, debes pedir ayuda si la necesitas. En definitiva, debes poner toda la carne en el asador. Primer punto. Porque esa es la manera de entender si nuestras preguntas son verdaderas. Una pregunta verdadera es una pregunta que compromete toda tu humanidad. Porque así la respuesta te hará más cierto, ya sea sí o no. Solo así tendrás certeza, sin

la duda por no haberlo puesto todo en juego. Luego es verdad que las cosas pueden salir de una manera o de otra.

Este es el segundo punto. Os cuento cómo elegí yo en la universidad. Debéis saber que me apasiona el alpinismo, la escalada. De hecho, ahora me estoy poniendo en forma porque este verano me gustaría intentar una hazaña. El año de la Evau se me metió en la cabeza abrir, con un amigo mío, una variante de la cresta del león en el Cervino, y me pasé todo el año entrenando. En esa época había decidido hacer ingeniería y estudié mucho para la prueba de acceso porque entonces (ahora no sé muy bien cómo es, pero sé que sigue habiendo una prueba en ingeniería) era muy, muy selectiva, así que estudié mucho para que me admitieran. Por supuesto fui de peregrinación a Czeŝochowa para pedirle a la Virgen que me iluminara porque entre tanto me surgieron mil preguntas, mil dudas, todo se removió. Tenía novia, dejé a mi novia, encontré otra, había una gran confusión en mi cabeza. ¿Qué pasó? Fui a Czeŝochowa, era la JMJ con Juan Pablo II, así que fuimos de peregrinación con el Papa. Al volver de la peregrinación, estaba listo para la escalada. Cuando se publicaron las fechas de la prueba de admisión, coincidían con los únicos días –las previsiones daban tres días de buen tiempo en agosto en Cervinia– en los que se podía intentar la escalada. Tenía que decidir si hacer la prueba o la escalada, renunciando a toda la carrera de ingeniero que me había imaginado para el resto de mi vida. Me fui a escalar, así que nada de ingeniería. ¡Hice química! A partir de ahí, en mi vida pasaron muchas cosas que me han llevado a estar hoy aquí hablando contigo. ¿Qué quiero decir? Que sí, debes poner todo de tu parte, pero luego, como decía antes, también hay que prestar atención a los signos. Y los signos, una vez más, implican toda nuestra humanidad, lo que tú eres. Nunca te obligan. Por eso decía que hay que interpretarlos, porque los signos indican, sugieren, pero al mismo tiempo tienes que decidir qué es lo que quieres seguir.

Tercer aspecto, siguiendo con el ejemplo que he puesto. No debemos tener miedo a que una decisión equivocada nos arruine la vida para siempre porque eso supone concebirse solos, significaría que el ideal no existe. Pensando así, al final el ideal se convierte en algo por lo que podemos estar dispuestos a dar heroicamente, en abstracto, nuestro tiempo y energía, pero luego, en lo concreto, solo importan nuestros cálculos. Pero no, tú pones toda la carne en el asador y luego llega un momento en que se aclaran las cosas. Sigue, te equivocarás, paciencia, ya se corregirá. Y si no puedes volver atrás, sigue adelante por el camino que has emprendido y encontrarás nuevos signos. ¿Por qué? ¡Porque no estamos solos! Si estuviéramos solos, nuestros errores serían una condena, pero no estamos solos, continuamente podemos retomar, volver a empezar, y en esa reanudación continua nuestro camino se va aclarando. Porque el camino puede ser una línea recta o puede estar lleno de curvas, pero lo importante es llegar. Se nos ha dicho: estás en el camino y existe una meta, de hecho la meta camina contigo. El destino camina contigo, no estás solo. El destino no es solo el punto de llegada, pues entonces si te equivocas en la salida estás acabado. El destino camina contigo, y si te equivocas en la salida siempre puedes volver. Esta es la certeza que necesitamos porque esto nos hace caminar seguros. Existe una compañía que nos asegura esto porque el destino se hace presente en una compañía a la que siempre puedes pedir ayuda. ¿Lo ves todo confuso? Pregunta, pide a los que van por delante, a tus amigos. No te concibas solo porque si vas solo, al final vencerán tus cálculos. Sin embargo, dentro de una compañía a la que le importa tu destino, tu bien, que tú seas feliz, lo que vence no es el cálculo, lo que vence es tu bien. Así que a darlo todo; y si no apruebas, ya veremos. Si no pasas la prueba, no podrás hacer medicina, obviamente este año no podrás hacerlo, pero ya veremos. ¡Pero lo harás, ánimo!

Severgnini. Acabamos con una última pregunta que es también un testimonio porque habla de este lanzarse al mundo como tarea, como tú decías, y también como amistad dentro del mundo.

Intervención. *Hola. Hace unas semanas, los adultos de mi grupo de bachilleres nos invitaron a un encuentro de presentación del trabajo sobre El sentido religioso con un universitario, y me impresionó mucho reconocer en lo que decía, es decir, en el método propuesto por don Gius, el método con el que siempre me han educado. Pero sobre todo, escuchándole, pensaba que yo podría*

decirles lo mismo a mis compañeros de clase, podría hablarles de este corazón, de este sentido religioso, que me parecía un término un poco absurdo, este corazón del que habla es ciertamente el mismo en todos los hombres. Pero luego estoy en clase y me parece que no le interesa a nadie la novedad que yo he encontrado. Es decir, en estos cinco años he recibido mucho en el instituto, sobre todo de mis amigos del grupo de bachilleres, con los que ha nacido una gran amistad porque ha surgido en los pasillos, porque estaba físicamente presente en el lugar que más nos cuesta. La gracia que he recibido conociéndolos me permite todos los días sentirme libre de mis resultados, libre de mis notas y de mi ansiedad por mi rendimiento. Porque todos los días tengo rostros que me recuerdan que soy amada. A pesar de ello, justamente por lo que me ha enseñado esta compañía, nunca me he conformado con vivir en los intervalos, vivir por las tardes y soportar las seis horas en clase. Por eso me pregunto: ¿cómo puede ser verdadera una amistad, como la que tengo con mis amigos de bachilleres, si solo me permite soportar de mala gana a los que son mis compañeros de clase de todos los días? Es decir, ¿cómo puede ser verdadero lo que he encontrado si parece que a mis compañeros no les interesa nada? ¿Y cómo puede ser verdadero si luego veo que una compañera está destruida por la ansiedad y no puedo hacer nada por ayudarla? Ahora que ya acabo, me escandaliza un poco no haber sido capaz de encontrar respuesta a estas preguntas. Pero no puedo dejar de reconocer que me encuentro delante de personas a las que les ha cambiado la vida por esta historia que yo también he encontrado.

Prosperi. ¡Precioso! Siempre, ante el hecho de que los demás no lo reconozcan, debes preguntarte si eso te hace dudar de si es verdadero para ti. Por lo que has contado, no es así. Y no es poco, pues significa que hay algo que en nuestra experiencia empieza a convertirse en certeza. Pero no por ello debemos dejar de desear que todos conozcan a Cristo. Sencillamente, no debemos medir el hecho de que encuentren a Cristo por cómo nos responden a nosotros. A nosotros se nos pide vivir lealmente, hasta el fondo, integralmente, de manera totalizante, la experiencia cristiana. Lo que pase después en la vida de los otros es un misterio que afecta a la relación de la libertad de cada uno con Dios. ¿En qué consiste entonces la misión? Usemos esta palabra –la misión no solo consiste en marcharse a África como Seve, o volver de África a Italia, porque ahora los misioneros tienen que venir de África a Italia– porque la misión empieza con lo que decíamos antes, con la conciencia de ser enviados dentro de la realidad. No solo al encontrarnos dentro de la realidad, porque en todo caso tienes que ir a clase, tienes que hacer las cosas, pero vas a clase y haces las cosas con la conciencia de que alguien te envía. Y eso es diferente. Decir que eres enviado significa que has sido elegido, es decir, que tu vida tiene una meta grande, que entre muchos tú has sido elegido, preferido en cierto modo. Cuando estuve con los afectados por las inundaciones, una mujer me preguntó: «A fin de cuentas, yo estoy ahí limpiando exactamente igual que los demás, tengo las mismas preguntas que el resto, vienen amigos que nos ayudan a nosotros y a los demás. ¿Dónde está la diferencia de una experiencia como la mía, es decir, de ser cristiana?». En esta conciencia. No es que no tengas las mismas preguntas que los demás, que no sientas la misma rabia que los demás porque cuando te has pasado el día sacando barro por todas partes, cuando crees que lo has limpiado todo y bajas al sótano para limpiar la mampara de la ducha y se rompe el cristal, te pasas toda la tarde llorando y te da un ataque de nervios porque ya no puedes más. ¿Entonces? No es que, como existe Jesús, ya no lloras ni te enfadas, eres un extraterrestre. No es ahí donde se ve, sino en la conciencia de ser elegido.

Tú hablabas de los resultados, porque pensamos que la gloria de Dios se ve en lo que somos capaces de realizar nosotros. No, se ve sobre todo en lo disponibles que estamos, como decíamos. Toda la historia de la salvación nos dice esto. Toda la historia de la Biblia, de Abrahán en adelante, es la historia de un «sí» que dice uno, y otro, para hacer una cosa u otra. Ese es el motivo por el que estamos hoy aquí. Últimamente he hablado en varias ocasiones de la historia de Gedeón, porque esta pregunta siempre surge, en cualquier contexto. ¿Sabéis quién era Gedeón? No, no lo sabéis. El Antiguo Testamento no se estudia mucho. Pues hay historias interesantes. Gedeón era el más pequeño de los hijos de Joás (cf. *Jueces* capítulos 6-8). Hubo un largo periodo de cuarenta años de paz y en un momento dado llegaron los paganos, los madianitas, que adoraban ídolos y baales, conquistaron la tierra de Israel y comenzó la opresión. Años y años de opresión sobre ellos. Entonces los israelitas

dijeron: «Pero Señor, ¿dónde está toda la paz y libertad que nos habías prometido?». Dios eligió entonces a este chico, Gedeón, en uno de los pueblos perdidos de las diversas tribus de Israel, para guiar a su pueblo. Y Gedeón le dijo: «¿Pero cómo? ¿Qué puedo hacer yo? No sé nada, no soy nadie. Si voy donde los israelitas de otras tribus me dirán: “¿Pero tú quién eres?”». Dios le responde: «Yo estaré contigo». Entonces va. El diálogo con Dios continúa y Gedeón le pide signos. Muchas veces no llegamos a pedir signos, nos paramos antes, diciendo: «No, es imposible, nadie me responde». Pero él pide signos concretos y Dios le responde. Por ejemplo, manda a un ángel que hace brotar fuego de una peña donde había dejado carne y pan. Gedeón se anima y sigue adelante. Cuando Dios, en un momento dado, le dice que reúna a un ejército para combatir contra los opresores, Gedeón lo hace. Cuando se cuentan son 32.000, mientras que los enemigos son 135.000. Dios le dice: «Es todavía mucha gente [...]. Israel podría jactarse ante mí y decir: “Mi mano me ha salvado”». Así quedaron 10.000, pero para Dios seguían siendo demasiados; al final solo quedaron 300 con Gedeón. La historia continúa, leedla, es preciosa. Gedeón va y vence. Entonces quieren hacerlo rey, pero él se niega para dejar claro a su pueblo que la victoria no es suya. «No os gobernaré yo [...]. El Señor es quien mandará sobre vosotros». Empieza así el tiempo de los jueces y durante cuarenta años habrá paz, etcétera. La historia de la salvación es siempre así. Jesús enviaba a sus discípulos diciéndoles: «Id, no os preocupéis por llevar bastón ni por estudiar lo que vas a decir o hacer. Id a llevar lo que ha cautivado vuestra vida. Sed vosotros mismos en medio del mundo». Creo que lo que cambia el mundo es la conciencia que tenemos de ser elegidos en todo lo que vivimos. Así que haz lo que puedas y pide. El Señor hará. Basta.

Severgnini. Gracias. Siempre somos enviados por Alguien que nos llama dentro de la realidad. Muchas gracias, Davide.

Prosperi. Gracias a vosotros.

Severgnini. Y gracias por vuestro testimonio y por vuestra exigencia.

Prosperi. ¡A por ello!

Severgnini. Gracias a todos, también a los conectados.